

LOS *DEMONIOS* DE HEIMITO VON DODERER. CONSIDERACIONES SOBRE LA HISTORIA

Marco Antonio Camacho Crispín*
CCH Vallejo, UNAM

**De Rebus
Philosophiae**

Responsable

**Alexandra Guadalupe
Peralta Verdiguél**

Recibido y aprobado:
19-mayo-2013

¿Quién de nosotros se acuerda, o mejor aún, quién de nosotros conoce siquiera a Heimito von Doderer? Este gran escritor austríaco del s. xx, uno más de *esos grandes desconocidos*, llevó a cabo una obra literaria de enormes dimensiones. Dimensiones ciertamente admirables y respetables por la extensión de su obra escrita, pero, sobre todo, por la gran profundidad alcanzada en los temas abordados. En efecto, en su obra cumbre, por ejemplo, que lleva por título *Los demonios*, Doderer expone a lo largo de sus abundantes páginas una comprensión épica e imponente de la historia, lo cual tiene como principal propósito mostrar horizontes inteligibles de una comprensión asimismo histórica sumamente interesante y sugerente.¹ A continuación, nos concentraremos únicamente en la descripción que Heimito von Doderer hiciera de la historia, para fomentar con ello en nosotros un crecimiento profundo de comprensión y madurez al respecto.

Para empezar, habría que decir que, a pesar de que Doderer escribiera en ale-

mán, dicha lengua no es equiparable en él precisamente con el alemán usual, es decir, con esa lengua alemana cuya consumación académica proviene del protestantismo. En efecto, la Reforma desterró el latín tanto de la teología como de la liturgia y, muy pronto, también de las funciones públicas, fueran éstas administrativas o políticas. De hecho, el llamado «alto alemán» –esa lengua oficial de Alemania que no es igual al peculiar alemán que siempre se ha hablado en Austria–, se convirtió de pronto en un producto más bien artificial, plagado y atestado de neologismos elaborados por eruditos cuya meta era crear una terminología a la altura del latín tradicional. Terminología que, a final de cuentas, obtuvo su mayor alcance en la filosofía y la jurisprudencia. Fue así como la lengua culta –lengua artificialmente elaborada–, se separó de la lengua del pueblo, es decir, de la enorme cantidad de dialectos que se hablan en esa región. Con tal separación, la lengua culta o «alto alemán» ha determinado el uso lingüístico que prevalece hasta el presente en Alemania y, por consiguiente, también ha fomentado todas las problemáticas lingüísticas aún existentes que, de una u otra manera, se intentan resolver hasta el día de hoy.

* Doctor en Filosofía por la FFyL, UNAM. Profesor Asignatura “A” Definitivo, CCH Vallejo. Correo electrónico: markolex@hotmail.com

1 Véase Heimito von DODERER, *Los demonios*, traducción de Roberto Bravo de la Varga, Barcelona: Editorial Acantilado, 2009. Las observaciones iniciales las tomamos de la presentación que hiciera Martin Mosebach a esta obra.

Por su parte, Doderer no pertenece de ninguna manera al mundo germánico-literario de Thomas Mann, por ejemplo. En efecto, las palabras de Thomas Mann provienen y se dirigen sobre todo al mundo erudito del «alto alemán», ese mundo marcado sobre todo por la cultura académica y, por ende, protestante. Doderer no comparte, pues, la versión protestante del alemán de Lutero. De hecho, el modo en que fuera escrito el libro de *Los demonios*, remite más bien a la cultura ampliamente musical de Austria. El uso de múltiples dialectos y expresiones regionales y coloquiales introducen en la obra una bella polifonía eminentemente vienesa. Heimito von Doderer se nutrió de un ambiente no académico, sino culturalmente variado y sumamente expresivo y, además, vital y tradicionalmente católico, que no es precisamente el ambiente de Alemania, para poner en marcha la realización de su valiosa obra.

Ahora bien, para Doderer, como dijera Mosebach, «la novela épica es

una forma de historiografía». ¿Qué significa esto? Que para el gran escritor austriaco la historiografía que asume la novela épica, o bien, aquello que Doderer se propone llevar a cabo a través de su propia obra, no es otra cosa más que la delicada y profunda *comprensión de la verdadera esencia de la época*. Una época turbulenta y compleja la de aquel s. xx, tan llena de dificultades políticas y, por ende, abrumada por la guerra, la violencia y los conflictos de poder. De ahí que, siguiendo a Doderer, mientras más alejada se encuentre una persona del ámbito de lo político, más empapada estará de realidad. De hecho, la novela historiográfica de Heimito von Doderer no aborda la historia a partir su decurso cronológico –cosa que, por otra parte, ha sido ciertamente lo más usual–, sino que retoma a las personas y su forma peculiar de ser para poder contemplar asimismo todos aquellos factores que, históricamente hablando, configuran el entorno real de aquello llamado historia,



tales como el aire que se respira en un cierto momento, la luz matutina o vespertina que recubre y colorea el entorno, los múltiples encuentros accidentales con otras personas que quizá jamás volvamos a ver, o la posición especial que los objetos circundantes adoptan en un determinado momento y circunstancia, entre muchísimos otros casos. Así, pues, todos estos *esenciales detalles*, cuya enorme marea es descrita y registrada con enorme precisión por Heimito von Doderer, van llenado y por ende mostrando, por así decirlo, aunque al principio como si estos detalles fueran algo así como sombras insustanciales, una serie de fuerzas que, dicho sea de paso, encarnan vivamente las «condiciones complejas de la vida». Y son precisamente tales «condiciones complejas de la vida» las que aportan un contenido vivo y por demás real a la trama concreta de la historia. Trama histórica compleja tan llena de fuerzas sustanciales que, en último término, resultan ser aquellas fuentes –ocultas pero reales– que terminan por remitirnos de manera directa a la *comprensión de la verdadera esencia de la época* conforme avanza la novela.

Para Doderer, no es posible establecer alguna frontera razonable entre el pasado y el presente. La revelación gradual y paulatina del perfil histórico real, requiere poner de relieve todas aquellas circunstancias externas que van dándose según la ocasión. Ocasión entretejida de pasado y presente que para nada requiere llevar a cabo algún tipo de transformación con respecto a dichas condiciones objetivas –ya fuera por vía de revolución o evolución espontánea–, sino que implica una *identificación profunda con la esencia misma de los acontecimientos*. En

esto consiste, dicho sea de paso, la *ascesis* espiritual de nuestro presente escritor. Identificación que, yendo más allá de una posible alteración revolucionariamente histórica, por ejemplo, a la manera de Marx, exigía para Doderer ante todo una *radical compenetración con la realidad de la época*, es decir, con los tiempos que corren. Tiempos históricos en los cuales se ven incorporadas tanto las respectivas personas como sus particulares acciones, en tanto entramado sustancial o viviente de la historia. De cierta manera, al igual que un monje, Heimito von Doderer se posa rostro en tierra como literato –a pesar de su impetuoso temperamento–, para hacer voto de pobreza y obediencia para siempre. Este voto es precisamente el que le conduce a no criticar en su obra la cultura de la época, sino a intentar comprenderla profundamente y, por ende, acompañarla *históricamente*. Dicho de otra manera, a pesar de que Doderer se sintiera incómodo tanto con su época como con sus históricas y culturales circunstancias, logró asumir esa pobreza de espíritu que favorece y enriquece con su fidelidad obediente de compenetración hacia todo lo real, el grado más alto de comprensión que se pueda alcanzar. Así, pues, Heimito von Doderer jamás quiso apartarse –fuera por las razones que fueran– de su propia realidad histórica. De hecho, la actividad literaria que fuera desplegada por este escritor austríaco, consiste pues en profundizar adecuadamente en el entorno en el cual le tocó vivir sin por ello tener que renegar.

“

Para Doderer, no es posible establecer alguna frontera razonable entre el pasado y el presente”

Conocer entonces la esencia de la época, sea ésta la que sea, requiere ante todo, como nos lo enseña la obra de Doderer, de profunda atención y certera comprensión, sobre todo, en lo referente a esos *simples detalles* que, de hecho, entretejen y conectan la histórica trama de la vida humana con sus múltiples acontecimientos, es decir, con el *tejido mismo de la vida*. En esto consiste la enriquecedora historiografía literaria de Heimito von Doderer.

Para este escritor, «es un hecho que no habría más que tirar de un hilo cualquiera del tejido de la vida para que éste la recorriera por completo y en su recorrido fuera abriéndola y dilatándola hasta que los demás también se hicieran visibles, desprendiéndose unos de otros». Y añade: «pues en un mínimo recorte de la historia de cualquier vida está contenido su conjunto, hasta se podría decir que está inserto en cada instante en particular, en la voluptuosidad, la desesperación, el aburrimiento o el triunfo que llenan igual que la pala de una excavadora el cubo de los segundos que se acercan corriendo con su tictac y luego se alejan fugitivos». Para Heimito von Doderer, cualquier aspecto e instante de la historia, por más insignificante que éste pudiera parecer, está comprometido, de hecho, con todo el tejido palpitante de la vida. Y, al igual que Hans Urs von Balthasar, nuestro escritor alcanza a contemplar y se esfuerza por desentrañar historiográficamente, como dijera el propio Balthasar, «el todo en el fragmento». En efecto, «el todo en el fragmento» constituye aquel vislumbre definitivo y culminante de la comprensión consumada.

Absolutamente nada para nuestro escritor resulta casual, ya que hasta el

más mínimo detalle cuenta para la verdadera comprensión historiográfica del «tejido de la vida», como el color de las hojas que ha adquirido el follaje de un determinado árbol según la temporada, o aquellos huérfanos sonidos que llegan lejanos como anuncios tímidos y casi imperceptibles de ciertos acontecimientos quizá jamás conocidos o reconocidos, o la multitud de semblantes humanos que atraviesan furtivamente nuestro recorrido por la calle y que jamás volveremos a ver, o la multitud de olores –agradables y desagradables– que impregnan a cada paso nuestro habitual recorrido, o ese perro ladrando curiosamente detrás de una puerta sin que sepamos a ciencia cierta por qué lo hace, y muchas otras cosas más del mismo estilo. Se trata, pues, de todo un sinfín de simples detalles que, de ser tomados en cuenta con absoluta seriedad, nos incorporarían a la integridad detallada de la existencia histórica de la vida, es decir, en «el tejido de la vida» donde se encuentra concentrado y como encubierto, por así decirlo, «el todo en el fragmento». Para Doderer, tales detalles revelan precisamente las verdades esenciales que, historiográficamente hablando, no pueden pasar desapercibidas para la comprensión profunda de la historia. Una historia que, a final de cuentas, rebosa de innumerables accesos simples conectados íntima y esencialmente con ese «tejido de la vida» que la mayor parte de las veces pasa para nosotros totalmente desapercibido. ¿Será por falta de atención? Quizá sea más bien efecto de una ausencia de dedicación comprensiva como aquella que pusiera de manifiesto Doderer el escritor a través de su obra. Una obra literaria atenta, dedicada y admirable que supo disipar con enorme

«espíritu de finura», por utilizar la adecuada expresión del filósofo Pascal, aquella niebla con la cual tal parece quedarán encubiertas las verdaderas, históricas e invisibles correspondencias.

La conexión historiográfica que Doderer lleva a cabo, tiende un puente magistral entre el pasado y el presente, entre lo visible y lo invisible. «Muchas veces apenas nos damos cuenta, pero entonces una imagen familiar alarga la mano hacia su semejante y ambas tienden un puente a través del tiempo, por más que en la vida hayan estado totalmente separadas una de otra por una gran distancia, en años distintos, en lugares distintos, entre los que no puede darse [supuestamente] una conexión auténtica, transitable». La conexión histórica fundamental que Doderer expone, depende de aquellos «conocimientos sumamente tímidos y, sin embargo, insólitamente profundos» con los cuales queda conformado el «tejido de la vida». Dichos «conocimientos sumamente tímidos y, sin embargo, insólitamente profundos», apuntan a esas *presencias históricamente tenues* –a veces por completo desapercibidas de las que hemos dado ya algunos ejemplos–, que la historiografía literaria de Doderer pretende rescatar y poner de manifiesto para la comprensión conectiva y enriquecedora de la historia. La timidez de tales conocimientos se expresa a través de su delicada y discreta aparición, hasta el punto de pasar por lo regular desapercibidos. No obstante, cada una de estas presencias tenues –¡qué maravilla de riqueza filosófica expresiva!– posee una enérgica fuerza de presentación e histórico significado. Presentación enérgica pero tenue que nos lleva a poder traspasar «aquella pared de cristal que

nos separa del pasado», hasta alcanzar una conexión histórica que atraviesa las fronteras supuestamente divididas de los tiempos, de los tiempos de antes y los tiempos de ahora. Tales *presencias tenues* constituyen el «hilo especial» a través del cual Doderer ha confeccionado toda su obra historiográficamente literaria. Se trata, pues, como él mismo dijera, de «ese hilo especial en el tejido de la vida del que siempre digo que hay que tirar para que la recorra y el conjunto se abra por sí solo».

Ciertamente, la obra de Doderer nos hace accesible una insólita apertura. Apertura hacia lo más fundamental de la historia. ¿De qué se trata? Pues de una apertura hacia aquellas «raíces nutricias» que se hunden entretejiéndose profundamente en el terreno de una realidad históricamente incomprensible. Incomprensible porque desborda de contenido y significación en cada uno de sus mínimos detalles. ¿Acaso tendremos la honradez, como dijera Doderer, de poder llamar a esto por su nombre? Tal vez sí... *misterio*. Misterio que logra conectar los simples detalles con las entrañas mismas de la historia, o bien, misterio de correspondencia entre las tenues presencias del entorno y el «tejido de la vida». En último término, se trata, pues, de un misterio palpitante donde resplandece justamente «el todo en el fragmento». O como dijera el propio Doderer, «son los pequeños detalles que cada cual lleva consigo, y que contiene ellos solos –¡con la mano en el corazón!– toda la grandeza de la vida, aunque todavía informe e indigna de un nombre». Aunque quizá pálidamente, el término *misterio* lograría acercarnos aún tímidamente a esa grandeza de la vida que contemplara nuestro escritor.

Doderer reconoce a su vez una conexión desconcertante, a saber, aquella que se manifiesta «como si el hoy hubiera de precipitarse en el ayer». Dicho de otra forma, Heimito von Doderer hace referencia a toda esa serie de «acontecimientos que podían reconocerse desde sus inicios, espantosamente discretos y, sin embargo, reconocibles». Así, pues, para Doderer la esencia de la época estaba ya contenida –aunque de manera germinal– en todos aquellos acontecimientos que, de una u otra manera, venían anunciando discretamente los sucesos terribles del momento presente que le tocó vivir. Así, pues, Doderer fue muy consciente de la íntima conexión real e histórica del presente con el pasado. Descifrar entonces los acontecimientos del presente, supone por tanto una indagación a fondo de los acontecimientos discretos y tímidos del pasado. La pregunta que habría que hacerse en todo caso –y en todos los casos humanos– es la siguiente: ¿cómo es que

hemos llegado a esto, es decir, a *este aquí y ahora*? Sólo así podremos llegar a comprender cabalmente la situación actual en la que nos haya tocado tener que vivir y, por ende, afrontar. Su compatriota Karl Kraus, por ejemplo, a partir de una atención igualmente profunda a toda esa serie de acontecimientos discretos que se estaban presentando en aquel momento particularmente en Viena, vaticinó literalmente con mucha anticipación en su obra teatral que lleva por título *Los últimos días de la humanidad* que, de seguir así las cosas, los alemanes terminarían fabricando monederos con piel humana, ¡y así ocurrió! Para Karl Kraus, el contenido visual y escrito de un letrero pegado en la pared, el uso de un determinado slogan por la radio y, sobre todo, el uso peculiar del lenguaje que se estaba realizando en aquel entonces, por mencionar algunos *tímidos acontecimientos*, decía y expresaba demasiadas cosas... De hecho, Karl Kraus olfateaba y detectaba –pues la



nariz, como dijera Heimito von Doderer, es un «órgano lleno de intuición»– que ahí se estaba incubando un laboratorio experimental cuyos planes delataban un proyecto sumamente destructivo para la humanidad, ¡y así fue! ¡¿Qué no podremos olfatear entonces nosotros en una cultura desbordante y dominada por los medios masivos de comunicación?! Quizá no resulte exagerado afirmar que asimismo atravesamos un momento cultural donde aquello llamado *intuición* –olfativa, visual, auditiva, táctil, gustativa– se encuentra sumamente adormecida. Y, con ella, nuestra humana *percepción* se encuentra también como atrofiada y entumecida. Para Doderer, es justo la percepción lo único que realmente cuenta. Aquí tenemos, pues, un importante aviso que no podemos ya ignorar o pasar por alto. Debemos reavivar nuestra percepción intuitiva para poder detectar todos esos tímidos y discretos acontecimientos que forman parte ya de la historia que se está gestando hoy en día.

Pues bien, Heimito von Doderer nos recuerda la imprescindible atención historiográfica que debe tenerse con respecto al pasado. Un estudio profundo del pasado nos logrará esclarecer la situación intrincada del presente y, ¿por qué no?, también logrará anticiparnos sanamente los rasgos primordiales del futuro porvenir. Aquello llamado *progreso* dependerá, en último término, de una consideración profunda y acertada a través de «la pared de cristal que nos separa del pasado». Mientras los hechos siguen su curso, hay toda una gama discreta de acontecimientos en los cuales se incuban los futuros sucesos. Por ello Doderer afirmaba haber estado sentado en lo alto como en un puesto de combate, atento como un

artillero o centinela que, debido justamente a su posición de visión privilegiada, lograba incluso atisbar los movimientos discretos y disimulados que se venían gestando oculta-mente por debajo, allá en lo profundo donde todo suele pasar desapercibido. El ser humano, dicho sea de paso, también está llamado a desempeñar este puesto de *centinela* por el bien común. El ser humano serio es, como dijera Gabriel Marcel al referirse al filósofo, un *velador*. Atravesando todos los tiempos, el ser humano debe reconocer los embriones del pasado que están llamados tanto a emerger en el presente como a desarrollarse en el futuro. ¡Basta, pues, de ingenuidades y catastróficos descuidos! No dejemos que, ya sea por cobardía o por pereza y, en todo caso por omisión, caigamos en descuidos peligrosos que bien pudieron haber sido evitados de haber ejercido ese puesto vigilante que nos ha sido encomendado, pues *el pasado es un anticipo presente de lo que está por venir*. Y si bien es cierto que, como dijera Doderer, uno «se encuentra en lo alto, por encima de la ciudad», viendo a través de la ventana el transcurrir histórico del mundo como «en la torre de un faro», de nada sirve tan alto privilegio si no mantenemos un estado permanente de atenta y perceptiva *vigilancia*. Que el sopor y el adormecimiento no se apoderen nunca de nosotros.

Así, pues, podemos darnos cuenta de algo sumamente importante: la historia también posee sus propios, discre-

“

La historia también posee sus propios, discretos, astutos y malignos demonios”

tos, astutos y malignos demonios, tal y como Doderer lo hiciera ver al ponerlos al descubierto a través de su historiografía literaria de conexión entre todos esos tímidos acontecimientos. En síntesis, para Doderer «nuestro pasado siempre se teje liando una madeja incomprensible; cuando damos con ella, allí donde aparece, justo en ese punto se encuentra nuestro verdadero pasado. Esta madeja jamás depende de las relaciones que una vez fueron importantes para nosotros, las que constituyen su parte más representativa y evidente, aquella que sustenta nuestra historia vital. El verdadero pasado es, por así decirlo, de naturaleza periférica..., «marginal», diría yo. Se encuentra fuera, aparte. Se manifiesta –y con ello también lo que verdaderamente fuimos– en personas que, por ejemplo, sólo hemos visto aquí o allá en contadas ocasiones, o con las que no nos hemos encontrado más que una sola vez en la vida y en lugares y parajes en los que más tarde jamás hemos vuelto a poner el pie. Algunas veces cabría pensar que uno tiene una segunda biografía, una biografía retrospectiva, por así decirlo». Ahora bien, no está por demás mencionar que Heimito von Doderer no adoptó ni un tono de amargura ni de abatimiento, ya que él estaba convencido de que «algo se eleva detrás del horizonte de la estrecha vida que se limita y se apega a las mismas cosas, miserias e interrogantes que retornan una y otra vez». ¿De qué se trata? De *ese dedo que señala al cielo*. La historia no sólo nos habla de sus propios demonios, sino que también –a partir justamente de sus múltiples detalles de correspondencia y vinculación– nos conduce a establecer una precisa conexión con aquella Trascendencia que dirige y acompaña sin

cesar cada momento de nuestra histórica vida, hasta alcanzar la consumación definitiva de todos los tiempos en cada uno de los detalles históricos que configuran el nutrido «tejido de la vida» en el cual hemos sido asimismo injertados. Se trata en efecto de ese «tejido de la vida» que nos aporta precisamente esa segunda biografía de la que habla Doderer, pues en esto consiste esa segunda biografía retrospectiva donde se pone de manifiesto el complejo entramado vital de la historia.

Terminemos, pues, esta lectura con unas palabras de Heimito von Doderer: «contra el perfil último del firmamento aparece ante mí una gigantesca mano, una mano humana, lejana y, sin embargo, carnosa, redondeada, nítida y clara, en la que es posible ver perfectamente cada uno de sus capilares: una mano humana del tamaño de la torre o de la montaña, que se recorta contra el azul por encima de las torres enanas de la iglesia y del encajonamiento de las casas y jardines que parecen de juguete: y es sólo ella la que señala más allá del ridículo recipiente de una vida individual y más allá de todos los recipientes y cajas extendiendo el dedo índice, cuya prolongación es como un disparo o como un cañonazo que retumba en cualquier alojamiento que busque». La madurez históricamente vivencial que nos aporta Doderer, consiste, como él mismo dijera, en que «uno ya no se deja engañar por sí mismo». Se trata de una madurez histórica donde aparece una formidable y verdadera, como dijera el filósofo Walter Benjamin, «unidad sin grietas». Unidad irrompible e inquebrantable donde incluso los mismos demonios han ocupado ya su respectivo y definitivo lugar.